

Óscar Moisés Torres Montúfar, *Los señores del oro. Producción, circulación y consumo de oro entre los mexicas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015.

por Eduardo Matos Moctezuma

En la Introducción de su libro, Oscar Moisés Torres Montúfar tiene el acierto de comenzar comentando acerca de las palabras que los objetos enviados por Cortés al rey de España despiertan en el corazón de dos personajes: por un lado, el artista Alberto Durero y, por el otro, el escritor Pedro Mártir de Anglería. Aunque muy semejantes entre sí, sus expresiones son de admiración ante lo que sus ojos ven en momentos diferentes: piezas de oro y plata, plumerías, en fin, objetos preciosos que provocan la alabanza y el reconocimiento del grabador alemán y del autor de *Orbe novo*. Nuestro autor tercia a pie de página con la opinión de un moderno especialista en arte antiguo: el doctor George Kubler, para quien las palabras de Anglería lo llevan a pensar que este personaje tuvo mejor percepción de las maravillas ante ellos expuestas. Por mi parte, sólo diré que me inclino más por las de Durero, quien destaca al hombre creador cuando señala:

En todos los días de mi vida no había visto nada que regocijara tanto mi corazón como aquellos objetos, pues entre ellos identifiqué obras de arte maravillosas y me asombré ante el ingenio sutil de los hombres de otras tierras. En verdad me resulta imposible expresar todo lo que, en aquel momento, pasó por mi mente (Durero, 1970, p. 64).

Hecha esta acotación, pasemos a valorar el libro que hoy se presenta. En primer lugar, deseo comentar que ya era necesario contar con un volumen en el que se congregara de manera sistemática todo lo que se refiere a este metal: desde su elaboración hasta su circulación y distribución, además de conocer su relación con la cosmovisión y sus usos en diversos aspectos de la vida diaria y ritual. De esta manera, el libro se planeó en forma tal que todos estos aspectos fueron tomados en cuenta. Por lo tanto, el libro incluye cuatro apartados que a su vez contienen algunos capítulos específicos: “El trabajo del oro”; “Circulación y distribución” y “Saberes y usos”, con tres apéndices

finales que complementan lo antes dicho. Aunque Torres Montúfar no pasa por alto la producción del oro en otras culturas mesoamericanas, su atención se centra fundamentalmente en los mexicas, para lo cual acude tanto al dato arqueológico como a la información contenida en las crónicas para darnos una visión del tema que trata.

Dentro del primer apartado se incluyen tres temas: la minería; la metalurgia; la orfebrería y los orfebres. Acerca del primero nos dice, a manera de advertencia, que “no existen fuentes naturales de oro en la zona inmediata de explotación económica de los mexicas” (p. 21). Por lo tanto, era necesario para este pueblo hacerse del metal por otros medios, lo que analiza más adelante. Resulta interesante el estudio que hace de las diversas formas de trabajar el oro: laminación por martillado; vaciado; soldadura y los procedimientos de acabado y decorado. De la primera contempla las bandas frontales y las diademas para la cabeza, tocados, orejeras, narigueras, pendientes de collar, antiparas, divisas para la espalda y cetros. También se refiere a algunas piecillas que colgaban de determinados objetos como eran penachos, ajorcas, trajes y capas, rodela, divisas de la espalda, esculturas, y en piezas de tela, además de las que adornaban objetos para llevar en la mano como abanicos y banderas, entre otros.

La lista continúa al citar aquellas piezas de lámina golpeada y las que tenían chapa de oro. Por su parte, la técnica del vaciado se lograba por medio de la fusión del metal para que alcanzara el estado líquido y, una vez logrado esto, se vertía en el molde, el que podía ser abierto o cerrado. En el caso de este último es de sobra conocida la técnica de la “cera perdida” que se practicó en Mesoamérica. El autor va analizando cada paso del procedimiento para obtener las piezas y cuáles eran éstas. De la mayor importancia resulta el final de este apartado, en donde habla de las personas dedicadas a estas labores: los orfebres. Como preámbulo señala:

La existencia de diversas técnicas orífices, la conexión del trabajo del oro con el trabajo de la pluma y la gema, la utilidad de los bienes de oro, y el elevado costo económico y social de la materia prima, convertían a la orfebrería en una actividad que sólo podía desarrollarse por mediación de una división social del trabajo compleja, expresada en un grado razonable de especialización por parte de los productores (p. 75).

Y a continuación nos brinda el listado de los diferentes especialistas en esta rama, basado fundamentalmente en Sahagún. No acepta la posición de Caso, Aguilar y Carmona cuando los dos primeros consideran que laminadores y ejecutores de la cera perdida obedecían a una ordenación jerárquica, o en el caso de la segunda que pretende ver vínculos entre laminadores y fundidores considerándolos como aprendices y maestros. Para Torres, estamos ante variantes o ramas de un mismo sector productivo. Continúa comentando acerca de los lugares donde se producían las piezas de oro, sin olvidar a los artesanos de palacio a los que me referiré posteriormente.

Un acierto indudable de esta parte del libro es el de despejar aquel pensamiento que se tenía de que cualquier objeto de oro había sido elaborado por los mixtecos. Aquí vemos cómo el mexica fue un especialista en la materia en cualquiera de las variantes que menciona Torres Montúfar.

Veamos ahora cómo concibe el segundo apartado. En él trata acerca del tráfico de regalos, los saldos de guerra y un tercero que denominó “Oro que llega”. En el primer caso observa dos tipos de relaciones político-sociales en que se obsequiaban objetos de oro: encuentros diplomáticos y reuniones de señores, nobles y comerciantes. Cada uno de ellos es analizado detenidamente. En lo relativo a saldos de guerra, el autor aclara que la guerra era el medio por el que se conseguían piezas de oro como producto de su labor en el campo de batalla. Ésta revestía, a su vez, dos maneras de lograrlo: como reconocimiento o galardón, o como acto de rapiña en los lugares conquistados. Quisiera recordar que una de las maneras de subir en el escalafón social mexica era, precisamente, a través de la guerra. Quienes sobresalían en ella alcanzaban ciertos derechos que los distinguían dentro del *status* social. El siguiente tema que trata Torres Montúfar es el que lleva por título “Oro que llega”. El enunciado lo dice todo: el oro que entraba a Tenochtitlan procedía de otras regiones, ya sea en forma de tributo o a través del comercio. Ya habíamos advertido que yacimientos auríferos no existían cerca de las ciudades que conformaban la Triple Alianza: Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba. Muy interesante resulta en este capítulo el estudio de diversas fuentes a las que acude el autor para dilucidar lo concerniente al tributo: la *Matrícula de tributos*, el *Códice mendocino*, la *Información de 1554* y las *Relaciones geográficas del siglo XVI*, que contienen una rica información de los productos que entraban y su lugar de procedencia durante

el gobierno de Moctezuma II. En lo que al comercio se refiere, se analiza en detalle cómo se verificaba tanto al interior de la Cuenca de México como fuera de ella. En este último rubro señala cuatro lugares en los que se comerciaban objetos de oro o formando parte de otras piezas. Éstos eran Coayxtlahuacan, en la mixteca; Tepeácac; la ciudad sagrada de Cholula y Xicalanco, al parecer este último sitio de encuentro de mercaderes mayas y mexicas.

Un aspecto importante eran los medios de intercambio empleados en las transacciones comerciales. Bien hace ver Torres Montúfar que:

existían al parecer mecanismos complementarios que agregaban un nivel de mediación en el acto de intercambio. Nos referimos al uso de medios de cambio, es decir, de mercancías “especiales” cuyo valor servía de referente o regla de uso más o menos extendido para medir el valor y estimar el precio de otras mercancías, impidiendo que el trueque se efectuara de manera directa. Entiéndase por valor el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir y distribuir una mercancía. Y por “precio”, su valor expresado en un medio de cambio o en otra mercancía (p. 131).

Fueron varios los objetos con los que se hacían intercambios, como fue el caso de los canutos de plumas de ave llenos de polvo de oro, o el cacao y el algodón que servían para tal fin. Algo relevante a lo que alude el autor son los espacios que funcionaban como fondos de reserva y menciona cuatro de ellos. Aquí quisiera expresar algo en relación con la producción de materiales suntuarios para dotar al tlatoani y a las gentes de la nobleza de objetos lujosos, que se elaboraban hacia el interior del palacio real. Recientes investigaciones han señalado que muy posiblemente allí se fabricaban cascabeles de cobre, según se desprende del trabajo de Niklas Schulze, y materiales de concha y caracoles como lo infiere Adrián Velázquez. El mismo Bernal Díaz nos habla de telas adornadas con plumas hechas por hilanderas en uno de los aposentos del palacio. En lo que al oro se refiere, además de producirse en otras partes de la capital tenochca, también cabe pensar en su elaboración en el interior del palacio real. Otro tanto ocurría con la reserva de animales destinados al solaz del tlatoani pero también para utilizarlos para el culto en el llamado zoológico de Moctezuma. Análisis aplicados en los

restos óseos hallados en los últimos años en distintas ofrendas del Templo Mayor y lugares aledaños indican que fueron cuidados por mano humana. Por cierto, al tratar de estos asuntos, el autor muestra un plano de las calles actuales de la ciudad (p. 143) en donde coloca el posible espacio de los palacios de Axayácatl y Moctezuma II, aunque sería importante acudir al plano de Cortés publicado en 1524 en Nuremberg y a los resultados de las excavaciones del Templo Mayor para ver con mejor precisión la ubicación de algunos vestigios y la del zoológico mencionado.

Dentro de los “Saberes y usos” que constituyen el tercer apartado, tenemos la relación entre el oro y la cosmovisión; medicina contra las bubas y los ritos de sucesión política. En lo que atañe a la cosmovisión, es un tema muy importante, pues en él se plantean las presencias del oro en aspectos como la creación, la transgresión y su relación con el jade, concebido el primero como el sector masculino del cosmos en tanto que la piedra verde encarna lo femenino. El oro se concebía como una secreción del sol y no hay que olvidar que, desde su nacimiento por parte de Coatlicue en el cerro de Coatepec, conforme lo indica el mito, Huitzilopochtli nace pintado con el rostro color de “caca de niño”, el amarillo, según las traducciones que del mito correspondiente hicieron en su momento Ángel María Garibay y Alfredo López Austin. Torres Montúfar añade cómo el mineral surge en el alba, en “el arribo del día”, de la misma manera que nace el sol-Huitzilopochtli en el momento en que es parido por su madre la tierra.

La alusión que se hace a la figura de la migración tal como la entendía Michel Graulich y que el autor menciona “como los pasos que siguen en el inframundo distintos niveles de agrupaciones humanas antes de emerger al mundo exterior” (p. 163) no deja de ser interesante. Sin embargo, es bueno recordar el planteamiento de Christian Duverger en su libro *El origen de los aztecas* (1987, p. 301) por medio del cual señala cómo el difunto que va al *mictlan* “debe revivir las pruebas por las que tuvieron que pasar sus antepasados durante la peregrinación histórica”, haciendo ver que el *mictlampa* es el rumbo de los muertos y se ubica al norte, lugar de procedencia del mexica. Siguiendo con nuestro comentario, diré que en esta parte del libro se tratan aspectos sumamente importantes relacionados con el significado de lo tolteca y lo mexica que vienen a cuento con lo antes dicho.

El análisis continúa al considerar el oro con su contenido medicinal y las particularidades que posee desde esta perspectiva. Sin embargo, algo que nos interesa sobremanera es la parte final en que trata sobre los “Ritos de sucesión política”. En ellos destaca lo relativo a los rituales funerarios y la manera en que se llevaban a cabo, desde el acompañamiento de ofrendas (muchas de oro) hasta los cantos fúnebres que se entonaban por el tlatoani. La elección del nuevo mandatario revestía una serie de pasos en tanto que los restos del antecesor eran incinerados. Nuestro autor atiende aquí el aspecto de las entidades anímicas que ha estudiado López Austin —*tonalli*, *teyolía* e *ihíyotl*—, siendo la segunda la que viajaba al sol (en el caso de los guerreros muertos en combate o sacrificio) pero también a los otros lugares como el *tlalocan* y el *mictlan*. Este destino de la *teyolía* de los guerreros, nos recuerda Torres Montúfar, creó una polémica entre Graulich y López Austin en el sentido de que el primero considera que la *teyolía* pasaba antes al *mictlan* para después ir a la Casa del Sol, al contrario del segundo que sostiene que esta entidad se disgregaba y una parte iba al *mictlan* y la otra a la Casa del Sol. Sobre el particular, he planteado en mi libro *La muerte entre los mexicas* (2010) que la tierra, *Tlaltecuhltli*, es la devoradora de todos los cadáveres independientemente de la manera en que habían muerto y que después va a parir su *teyolía* para que vayan a su lugar de destino conforme a la manera de morir del individuo. De aquí que veamos la relación entre la tierra, el *mictlan* y la Casa del Sol.

Llegamos, pues, al final del libro. Unas breves conclusiones rematan la obra. En cuanto a la bibliografía, diré que es amplia y destacan los documentos históricos consultados así como los escritos de investigadores que se han dedicado al tema. Sin embargo, extraño la presencia de algunos autores que he mencionado, además del trabajo del doctor Jaime Litvak en donde trata acerca de dos provincias tributarias del norte de Guerrero: Cihuatlán y Tepcuacuiclo (1971), y el ya clásico libro de Jacques Soustelle *La vida cotidiana de los aztecas*. Los apéndices complementan lo dicho a lo largo del escrito y éste se constituye, en su totalidad, en un aporte significativo que no debe pasar desapercibido para quienes desean penetrar en los pormenores de lo que representó la elaboración, el uso y la distribución del metal en los momentos cercanos a la Conquista española.